

MARÍA DEL MAR DÍAZ

...Y el CÁNCER SALVÓ mi vida



LETRAS DE AUTOR

© Mar Díaz Patón

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: agosto 2017

ISBN: 978-84-17101-59-6

Depósito Legal: M-24596-2017

P.V.P.: 12 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Quedan muchos abrazos que dar,
muchos besos que sentir,
muchas risas que entregar,
muchos sueños por cumplir.
Queda mucho....por vivir.

Índice

CAPÍTULO 1.....	9
CAPÍTULO 2.....	17
CAPÍTULO 3.....	21
CAPÍTULO 4.....	29
CAPÍTULO 5.....	33
CAPÍTULO 6.....	35
CAPÍTULO 7.....	39
CAPÍTULO 8.....	47
CAPÍTULO 9.....	51
CAPÍTULO 10.....	61
CAPÍTULO 11.....	67
CAPÍTULO 12.....	69
CAPÍTULO 13.....	71
CAPÍTULO 14.....	75
CAPÍTULO 15.....	79
CAPÍTULO 16.....	85
CAPÍTULO 17.....	87
CAPÍTULO 18.....	95
CAPÍTULO 19.....	99
CAPÍTULO 20.....	103

CAPÍTULO 21	109
CAPÍTULO 22	115
CAPÍTULO 23	119
CAPÍTULO 24	123
CAPÍTULO 25	131
CAPÍTULO 26	139
CAPÍTULO 27	143
CAPÍTULO 28	151
CAPÍTULO 29	155
CAPÍTULO 30	159
CAPÍTULO 31	163
CAPÍTULO 32	167
CAPÍTULO 33	173

CAPÍTULO 1

Sus caras lo decían todo. Se miraban entre ellas, serias, consternadas y no hablaban. Se comunicaban a través de gestos, sin embargo conmigo eran un cúmulo de sonrisas, tanta amabilidad no era normal.

Ahí estaba yo, tumbada en la camilla, con el pecho descubierto mientras pasaban el ecógrafo y observaban sin pestañear el monitor en el que se apreciaba un bulto deforme y blanquecino contrastando con el gris de la pantalla. No me atreví a preguntar porque sólo tragaba saliva e intentaba mantener la calma aunque en esa situación era complicado hacerlo, mi sexto sentido me decía que algo andaba mal. Miraba hacia arriba y conté las líneas que separaban los cuadrados blancos del falso techo. Cuando una de ellas empezó a pasarme el aparato por la axila y por debajo de la mama para ver si encontraba más nódulos realmente me asusté.

—Te vamos a hacer una punción. Así ya tenemos todas las pruebas.

—Vale, muy bien, fue lo único que atiné a contestar.

Sacaron una aguja enormemente larga y fina, me inyectaron anestesia local y acto seguido procedieron a introducir la aguja por la mama mientras veían su recorrido a través del monitor.

Eran tres doctoras, una a mi lado, la otra mirando la pantalla y la tercera intentado hacerme la biopsia. Eran jóvenes,

bastante más jóvenes que yo aunque en esos momentos me parecieron muy adultas y muy profesionales. Yo respiraba atropelladamente, una punzada aguda me invadía cada vez que pellizcaban mis células. Sacaban la jeringuilla y la introducían de nuevo, una y otra vez, la sacaban y la volvían a hincar así hasta cinco veces, era devastador el “crac” que escuchaba en mi interior cuando arrancaban las muestras de tejido.

No sé ni cómo no me maree, poco faltaba, el corazón bombeaba sangre muy deprisa y sentía ganas de vomitar. Le pedí agua a una de ellas, tenía la boca completamente seca y en ese instante empezó a darme vueltas el cuarto donde nos hallábamos las cuatro. Me explicaron que fuera lo que fuera, el bulto tendría que ser operado, que podía ir a la Seguridad Social o ellas podían extraérmelo por lo privado, con el coste correspondiente naturalmente, pero que aquello no se podía quedar allí residiendo en mi pecho.

Terminaron su trabajo, me sonrieron nuevamente y fueron a redactar los informes al ordenador, tanto de la ecografía como de la mamografía.

—¿Cómo va todo? pregunté con un hilo de voz mientras me ponía la ropa interior y la camiseta.

—Es sospechoso, fue la contestación.

¿Sospechoso? ¿Qué quiere decir con sospechoso? ¿Es sospechoso de ser maligno? ¿Es eso lo que me quiere decir y usted no se atreve a ponerle nombre? ¡Por Dios! ¿Quiere ser clara? ¿Sospechoso? Esos pensamientos rondaban mi cabeza mientras que analizaba la palabra absurda que me acababa de responder. Era evidente, tenía un tumor en la mama, había que extirparlo y según sus palabras probablemente aprendidas tiempo atrás para no crear más impacto del necesario en enfermos de cáncer, era sospechoso.

Me acercaron una bolsa de hielo que coloqué como pude entre el pecho y el sujetador y salí agitada de la consulta. Tenía muy hinchado y dolorido el trozo de carne en el que habían estado hurgando.

Descubrí un reloj metálico enorme con los números pintados en negro, colgado en la pared encima del mostrador. Él seguía su ritmo normal, el segundero daba la vuelta a su tiempo exacto, sin embargo, sentí que todo se detenía. El mundo se paraba y desde ese instante había dejado rotar y dar vueltas alrededor del sol. Me caería, me iba a caer en el justo momento que frenara en seco y él mismo me iba a aplastar con toda su fuerza.

Vi a Vicente, sentado, tranquilo como es él, esperándome, la correa de mi bolso se entrelazaba entre sus manos y curioseaba su móvil para entretenerse. El bueno o malo de Vicente según se mire, el que fue mi salvador en algunos momentos o mi verdugo en otros tantos. Le había conocido unos meses atrás en un grupo de Facebook y nos habíamos hecho buenos amigos. Era un señor mayor, con un pasado apasionante a sus espaldas. Había contraído matrimonio tres veces y se había divorciado otras tres y no parecía desengañado seguía creyendo en el amor. Su pelo era abundante de un blanco brillante, lucía barba que le hacía parecer más mayor pero que le favorecía bastante al ocultar esa papada que colgaba de su mentón, pero lo mejor de su físico eran sus ojos de un azul intenso que se intensificaba mucho más al contemplarlos en sus gafas plateadas.

Vicente quería volver a tener pareja, no había escarmentado lo suficiente. Deseaba una relación conmigo cosa que a mí no me hacía ninguna gracia y mientras yo me aferraba a él porque no tenía a nadie que hiciera nada por mí y estaba tan sola, tan terriblemente sola, que el pánico me sacudía. Siempre tuve complejos absurdos, nunca sentí que importara demasiado a la gente que me rodeaba, pasaba desapercibida sin significar mucho para nadie y ahora me acababan de dar una noticia

devastadora. Era duro de digerir lo que me estaba ocurriendo. Me había convertido en la protagonista de mi propia vida, cosa inusual en mí que nunca fui protagonista de nada. Ahora tenía algo espantoso que a la vez me hacía sumamente importante. Todos los hombres que se habían cruzado por mi lado, aquellos que me menospreciaron y me ningunearon tendrían que ser de piedra para no sentir lástima por mí.

Cuando se enterara mi amigo Leandro se compadecería, seguro que a partir de ahora se convertiría en un ser mucho más compasivo y me regalaría toda esa ternura que me había negado desde que le conocía. Es lo mínimo que se espera de alguien que dice que te quiere, que tú eres la mujer de la que está enamorado, que si no deja a la suya es por el niño que es muy pequeño y le da muchísima tristeza vivir sin él, sin jugar en su cuarto, sin acostarle en su cama dándole el beso de buenas noches, sin sus comodidades en su piso nuevo con muebles modernos de Ikea, sin todas esas cosas materiales de las cuales no pensaba desprenderse, como su coche, su casa y su estatus social, pero en cuestión de mujeres, a quien quiere es a ti.

Así transcurría una aventura superficial y anodina que no conducía a ninguna parte. Le había conocido hacía unos años cuando los dos estábamos en crisis con nuestras respectivas parejas. No era un hombre físicamente atractivo, su cuero cabelludo era negro y su piel cetrina, conservaba unas entradas prominentes en su frente que presagiaban una calvicie venidera. Era moreno de barba negra y poblada, ojos hueros y unas bolsas marcadas por finísimas arrugas debajo de ellos. Era larguirucho y desgarrado, su forma de caminar era como danzando y tampoco es que vistiera precisamente con clase. Usaba camisetas viejas y muy desgastadas por los lavados y la plancha como si las conservara de su época de universidad cuando era chaval.

Pero Leandro me encandilaba, “tenía algo”. Si hay algo que me fascina es que me engatusen con frases inteligentes y Leandro iba sobrado de ellas. Tenía una labia monumental, sabía de todo lo habido y por haber en cualquier aspecto y de cualquier tema y te ilustraba con ello, te enriquecía, te hacía ser mucho más culta. Era arquitecto, trabajaba con un cargo relevante en una fundación privada y daba cursos a muchachos sobre materiales de construcción y cómo utilizarlos en las obras. Yo estaba deslumbrada. Le admiraba.

Después de muchos años de casada llegué a la conclusión de que éramos infelices, nos faltaba algo, la chispa lo llaman muchos o posiblemente algo tan sencillo como querernos y tener ilusión de hacer planes juntos. Nos convertimos en una pareja desgastada y aburrida que apenas hacían actividades y propensa a iniciar discusiones por cualquier pequeñez por más sencilla que fuera. Leandro me contó que él se sentía muy desdichado con su mujer. Seguían juntos por su hijo y eran como amigos, como hermanos quizá, habían perdido la pasión en la cama y yo, yo era tan bonita qué cómo no me iba a querer, ¡¡cómo no me iba a querer!!

Pero ahora algo espantoso me acababan de descubrir, podría morirme, tenía papeletas y no sabía si estaban premiadas. Leandro no iba a ser de hierro como algunos de sus materiales, a pesar de todos nuestros desencuentros seguro que sería un sostén para mí en esta situación tan difícil. Además, él sabía perfectamente lo mucho que yo le había querido, no iba a ser tan cruel de ignorarme, tenía alma, escondida pero la tenía.

Y mi Ex, ¡qué decir de él! Estábamos en trámites de divorcio y nuestro matrimonio fue poco menos que un infierno. ¿Qué pensaría cuando se enterara? Ya se lo contaría. No quería su compasión, no procedía, no me apetecía verle, su ayuda era peor que estar sin ella. Tenía miedo de flaquear, de sentir tantísima angustia que le suplicara que volviera a mi lado para

ayudarme con la enfermedad, pero pensándolo bien mejor no hacerlo. no procedía, porque nuestra relación había sido tan tormentosa que casi acaba conmigo aunque sí acabó con todos mis sueños.

Me costó tomar la decisión de separarnos, busqué fuerzas donde no sabía ni que existían para decirle que nuestro matrimonio ya no tenía ningún sentido. Existieron muchos momentos de la más absoluta soledad, de acatamiento, de no tener ganas de nada, de “movidas” absurdas por los sucesos más nimios, de no soportarle, de escuchar sus alaridos sin motivo y sin razón a todas horas. No podía volver atrás, por mucho agobio que tuviera a lo que me esperaba por delante era un error buscar su caridad, la salida no era volver con él. Aunque fuera sólo por egoísmo propio y pensando en mi bien tenía que pasar este trance yo sola.

No era capaz de pensar con claridad, las palabras se amontonaban en mi cabeza y creía que no eran ciertas, como si todo lo que me habían contado le ocurriera a otra, como si escuchara las informaciones que me daban en otro cuerpo que no era el mío, fuera de mí, en retrospectiva. Leía el informe repetidamente: “sospechoso de malignidad” y no podía asimilarlo. No podía. Mi mente no lo aceptaba.

Tenía cáncer, cáncer de mama. Un cuerpo “sospechoso” que crecía dentro de mí y estaba allí instalado, en mi seno y podía acabar con mi vida en cualquier momento si no le ponía remedio. ¿Qué pasaría ahora? ¿Quién me acompañaría a los hospitales? ¿Cómo toleraría lo que se avecinaba? La operación, los tratamientos, la desesperación de verme tan sola, tan terriblemente sola.....

Se me nublaron los ojos y se me escaparon algunas lágrimas pero no podía ni siquiera llorar porque el pánico era lo único que me invadía y no me permitía desahogarme. Recuerdo los informes en mis manos temblorosas, los CD que se

adjuntaban al mismo donde se veía la fotografía del tumor en blanco y negro, entonces una angustia vital empezó a emerger desde lo más hondo de mi garganta y miré a Vicente, iba en el coche, al lado, conduciendo a toda prisa sin inmutarse apenas, trayéndome a toda velocidad por la carretera de Colmenar. No había tiempo que perder teníamos que ver a mi médico de cabecera inmediatamente para que empezara cuanto antes con el procedimiento a seguir. En estos casos hay que ser muy rápidos, no se podía esperar.

—No tengo cita, ¿llamo hoy y la pido para mañana?

—Ni hablar, Mar, vamos derechos, te dejarán pasar. Aunque sólo sea por humanidad te dejarán pasar.

CAPÍTULO 2

Pasé a la consulta con una desesperación total. Me senté en la silla que tienen para los pacientes y que yo había ocupado muy pocos días antes y comencé a llorar como una posesa a la vez que Paula, mi doctora, comprobaba todos mis papeles y me consolaba como buenamente podía. Paula era maja, con su pelito rubio y sus ojos claros, miraba con atención aquellos documentos mientras que intentaba buscar las palabras adecuadas para consolarme.

La primera hoja era la de la factura, la dejé ahí sin querer, olvidada, en ella se reflejaba los quinientos euros que me había gastado en la clínica. No me miraba a la cara, quizá se sintió mal al quitarle trascendencia al asunto cuando fui a consultarle unas semanas atrás y dijo que seguramente no era nada serio pero que para descartar íbamos a hacer una ecografía. La ecografía nunca se realizó. Cuando me acerqué al ambulatorio en la fecha citada, el médico no se presentó y no me llamó para avisarme. La única solución era regresar dentro de otros quince días y esperar a que esta vez él médico sí viniera. Ese era el consejo de aquella mujer rechonchona que se abanicaba con mi “volante” y sudaba unos goterones gordísimos porque el calor era sofocante, la enfermera.

Me parecía inaudito, había pedido la mañana en el trabajo y ahora estaba perdiendo el tiempo. Algo desconocido crecía